

El clan Wagner

JONATHAN CARR

TRADUCCIÓN DE MIGUEL MARTINEZ-LAGE

T

EXTRACTO

TURNER NOEMA



ÍNDICE

Prefacio	11
Árbol genealógico.....	15
I Un mar sublime, aunque glauco	19
II La revolución y su reverso	29
III El patito feo y el rey cisne	55
IV La fortaleza en la colina	79
V El demonio plástico	101
VI El tergiversador	133
VII Uno al margen	159
VIII El lobo a la puerta	185
IX Tres funerales y una escoba nueva	213
X Todo el Reich es puro teatro	237
XI Cuarteto disonante	263
XII Mausi acorralada	281
XIII La guerra: dentro y fuera de casa	299
XIV ¿Un nuevo Bayreuth?	325
XV El camino que no se emprendió	355
XVI Los pecados de los padres	379

XVII	¿El final del imperio?	407
XVIII	El presente y el pasado	427
XIX	¿El futuro?	451
	Notas	469
	Lista de ilustraciones	485
	Índice onomástico.....	497

EL CLAN WAGNER
JONATHAN CARR

EXTRACTO

Hay en efecto muy pocas pruebas de que Hitler leyera las obras en prosa de Wagner, aunque sí se tiene la evidencia de que tomó algunas en préstamo de una biblioteca antes de su ascenso al poder, y el fraseo de algunos de sus discursos indica que se había embebido por lo menos del espíritu de *El judaísmo en la música*. En tal caso, ¿por qué no empleó al Maestro tomándolo más visiblemente por aliado, en especial de su cruzada antisemita? En *Mi lucha*, por ejemplo, señala que su originaria hostilidad a los judíos estuvo muy en deuda con el ejemplo que dio Karl Lueger, el alcalde antisemita de Viena. También ensalza a Goethe por actuar de acuerdo con el espíritu de “la sangre y la razón” al tratar “lo judío” como elemento claramente extranjero. No rinde un homenaje similar al Maestro, y de hecho menciona a Wagner por su nombre una sola vez en todo el libro (aunque en muchos otros lugares sí se refirió al “Maestro” de Bayreuth).

Ni siquiera cuando Hitler se queja en otro contexto de que permitir la actuación de artistas judíos en Bayreuth era equivalente a una “profanación racial”, y asegura que fue esta realidad lo que desbarató su primera visita al festival en 1925, pasa a decir algo así como que “el Maestro, que tan acertadamente denostó a los judíos, tuvo que revolverse en su tumba”.²² Además, para entonces su antisemitismo se había intensificado mucho, seguramente a resultas de las heridas que sufrió, en especial en un ataque con gases, en una guerra que a su entender se había perdido debido a la traición “judeo-marxista”. En un espeluznante adelanto de la “solución final”, Hitler escribió en *Mi lucha* que “si en la guerra doce o quince mil de estos hebreos que corrompen todo lo que tocan hubieran sufrido los efectos de los gases venenosos... el sacrificio de millones de hombres en el frente no habría sido en vano.”²³ Y en cambio nunca invocó al Maestro al que idolatraba para que diera testimonio en contra del pueblo que más aborrecía.

La explicación más probable de toda esta reticencia es que Hitler comprendió, mejor incluso que Goebbels, por ejemplo, que con Wagner se

encontraba en un terreno ideológico engañoso. A fin de cuentas, el propio Maestro había contratado a Levi, aunque fuera de mala gana, para que dirigiera *Parsifal*, y tuvo bastantes amigos judíos, por mal que los tratara. En cuanto a la solución que propuso en *El judaísmo* al “problema judío”, equivalente a la asimilación total, difícilmente pudo estar más lejos de lo que Hitler tenía en mente. Es verdad que en su segunda versión del *Judaísmo* Wagner planteó la cuestión de que los judíos tal vez debieran ser expulsados, acercándose más a una actitud que Hitler sí hubiera visto con buenos ojos, pero si lo hizo no fue con la clara convicción de que el comentario pudiera ser de utilidad para los propagandistas del nazismo. Además, y ya al final de su vida, Wagner, dándole una nueva vuelta a la cuestión, pareció haber planteado la idea de que los judíos podían salvarse mediante “la sangre de Cristo”, mediante su conversión. En resumidas cuentas, es posible que Hitler no llegara a citar la prosa de Wagner no porque apenas la conociera, sino porque la conocía demasiado y estimó más conveniente echarse atrás.

Si bien su antisemitismo era en efecto ambivalente, Wagner sirvió de modelo pese a todo para Hitler. ¿Qué clase de modelo fue? La respuesta surge con bastante claridad cuando Hitler hace esa única referencia al Maestro en *Mi lucha*. En ese punto de su fatigosísimo y prolijo relato, Hitler no aborda directamente el antisemitismo, ni la música, ni el teatro, sino lo que él denomina “los maratonianos de la historia”, los grandiosos, solitarios individuos que trabajan de cara al futuro, condenados a ser en gran medida mal entendidos en su tiempo, aunque siempre dispuestos “a seguir luchando por sus ideas e ideales hasta el final”. Como ejemplos de esta actitud, Hitler aduce sólo tres nombres –Lutero, Federico el Grande y Wagner–, aunque obviamente da a entender que la lista podría ampliarse y que él podría estar incluido en ella. De este trío, Wagner era el más próximo a Hitler desde el punto de vista histórico, y el sino de muchos de los héroes escénicos de Wagner estuvo cerca de igualar el de los “maratonianos”: Rienzi, el tribuno que muere entre las llamas, así como Lohengrin y Tannhäuser, los “marginados” e “incomprendidos”, e incluso el sabio y anciano Sachs, el viudo que conquista la aclamación del público, si bien se condena a la soledad al renunciar a Eva y ayudar a su amado caballero andante a ganar el premio del Maestro. ¿No es así como se veía Hitler a sí mismo, solitario, esforzado, heroico? Aunque pueda parecer grotesco, la vida y las obras de Wagner fueron

casi con toda certeza espejos en los el Führer creyó verse reflejado, al menos en términos generales y, para él, de un modo imponente.²⁴

No es de extrañar que a Hitler le conmoviera la visita que hizo a Wahnfried por vez primera en aquella mañana de otoño de 1923, cuando estuvo ante la tumba del Maestro. Y tanto más por cuanto de pronto se encontró en el centro de lo que era a todas luces una familia feliz y unida, experiencia insólita para un veterano de guerra y además cargado de odio. Si bien Siegfried le pareció a Hitler un tanto blando, era a pesar de todo el hijo del Maestro, y se esforzaba por poner el festival de nuevo en marcha. Asimismo, había que tener en cuenta a los niños, tan vivarachos, y a la anciana abuela de la primera planta, y al “sabio” Chamberlain que vivía a la vuelta de la esquina, y por encima de todos a su adoradora Winifred. Casi veinte años después, recordando el pasado en su *Wolfsschanze* (“Laguarda del lobo”), su cuartel general en Prusia Oriental, Hitler comentó con emoción sus experiencias de aquel primer encuentro y el modo en que la familia estuvo a su lado cuando pasaba por sus momentos más bajos. “¡Amo a todas esas personas, amo Wahnfried!”, confesó, añadiendo que consideraba un golpe de fortuna que, al salvar el festival del colapso financiero cuando llegó al poder en 1933, hubiera tenido la ocasión de devolverles a los Wagner el apoyo inicial que le prestaron. Sus habituales visitas a Bayreuth, dijo, habían estado siempre entre sus momentos de mayor felicidad, y cuando terminaban tuvo siempre la misma sensación que tenía al retirar los adornos de un árbol de Navidad.²⁵

Tras la muerte de Siegfried, y en contra de su voluntad, corrieron no pocas especulaciones sobre la muy elevada posibilidad de que Hitler y Winifred fueran a contraer matrimonio. Era ampliamente conocida su dilatada relación, y habían corrido las informaciones (naturalmente embellecidas) sobre las visitas nocturnas, visitas “relámpago”, que le hizo a menudo el Lobo. Hacia 1932 como muy tarde, cuando el cabecilla nazi ostentadamente envió un inmenso ramo de flores a Wahnfried, la prensa local había llegado a la conclusión de que estaba a punto de hacerse en firme el anuncio del compromiso. Pero las flores en realidad se enviaron para conmemorar la confirmación de Wieland y de Friedelind como miembros de la iglesia ya de pleno derecho, y ese anuncio de compromiso nunca llegó a hacerse. “*Mei Mudder mecht scho, aber der Onkel Wolf mecht halt net*”, parece que dijo Friedelind. El sabor inimitable de su dialecto se pierde en la traducción, aunque el sentido es bien claro: “Mi

Madre claro que quiere, pero el Tío Lobo dice que no”.²⁶ Seguramente es muy cierto. Hitler dejó su matrimonio para una edad ya tardía, fuera por sentir la necesidad de “preservarse para el pueblo alemán”, fuera por razones más íntimas, fuera por una mezcla de ambas consideraciones. Hay que recordar que tuvo que llegar el 29 de abril de 1945 para que contrajese matrimonio en su búnker, en Berlín, con su compañera y presunta amante, Eva Braun. Al día siguiente los recién casados se quitaron la vida.

Fuera a pesar de, o fuera precisamente por la ausencia de vínculos matrimoniales, “Winnie” y “el Lobo” mantuvieron un contacto constante y sumamente amistoso a lo largo de los años, aunque el vínculo existente entre ambos fue a menos durante la guerra. Él le escribió con asiduidad incluso cuando estaba sumamente deprimido (como obviamente estuvo tras el misterioso asesinato de su sobrina preferida, “Geli”, acaecido en el piso que él tenía en Múnich en 1931). Winifred hizo todo lo posible por darle ánimos, y se esponjaba como una colegiala ante cualquier muestra de afecto. “No quepo en mí de contento y de agradecimiento”, confesó cuando él le envió un retrato suyo. El cuadro, aseguró ella, era “una obra maestra por su precisión” que “ahora engalana mi casa con la bendición de su constante presencia. ¡Gracias infinitas le sean dadas, prodigue usted ese júbilo inenarrable! Con amistad siempre fiel, suya, Winnie”.²⁷

En un plano puramente práctico, naturalmente, y en su condición de directora del festival, Winifred tenía muchos más motivos de agradecimiento a su “Lobo”. De entrada, disipó todas las complicaciones monetarias de Bayreuth, y lo hizo de una manera tal como ningún otro benefactor, ni siquiera el rey Luis, había llegado a hacer con anterioridad. Hay que reconocer que buena parte del dinero recibido llegó directamente de él, y ni siquiera en todos los casos llegó de otros nazis que se plegaran al evidente deseo del Führer. En un principio, Goebbels tuvo una particular actividad en el respaldo de Bayreuth, tal vez por pensar que allí podía adquirir, por medio de sus aportaciones, una influencia decisiva. Sólo en 1934 su ministerio de propaganda compró más de once mil entradas por valor de 364.000 marcos (más o menos un tercio del presupuesto total de Bayreuth). Ese mismo año, el *Reichsrundfunk* (servicio radiofónico del estado) gastó 95.000 marcos en derechos de difusión del festival, y siguió pagando considerables sumas anuales (aunque no tan elevadas) en lo sucesivo. Sin embargo, y en líneas generales, en

los años anteriores a la guerra, incluido 1939, la *Reichskanzlerei* (cancillería) de Hitler fue el principal respaldo del festival, llegando a dedicar un total ligeramente superior al medio millón de marcos en la compra de entradas de Bayreuth y de apoyo a los nuevos montajes. Aunque sea incongruente desde un punto de vista financiero, las cosas empezaron a ser más sencillas en el festival durante los años de la guerra (1940-1944). Por orden expresa de Hitler, una organización nazi dedicada a gestiones relacionadas con el ocio de los ciudadanos compró la totalidad de las entradas y pagó casi todas las facturas, desembolsando una media de más de un millón de marcos anuales.²⁸

Además del florecimiento que trajo consigo esta lluvia de dinero, Winifred también fue consciente de que podía recurrir a Hitler siempre que tuviera la sensación de que su puesto, como directora del festival, se encontraba amenazado, por ejemplo entre los celosos funcionarios nazis de la localidad, o debido al afán siempre adquisitivo de Goebbels. Gracias a la protección de Hitler, Winifred con frecuencia pudo contratar a los artistas con los que deseaba contar a toda costa, y que sin embargo le hubiera sido prácticamente imposible contratar de observarse estrictamente las odiosas leyes políticas y raciales del Reich. Buen ejemplo de ello fue el *Heldentenor* (tenor dramático) Max Lorenz, bisexual practicante y casado con una judía, al que Winifred contrató año tras año para que se ocupase de papeles estelares, entre ellos Sigfrido, Tristán, Parsifal y Walther von Stolzing. Otro ejemplo es el de Franz von Hbesslin, director con antepasados judíos, también casado con una judía, al que se le hizo el vacío en otros teatros de la ópera en la Alemania nazi, pero no dejó de comparecer con asiduidad en Bayreuth. Tampoco es que Winifred necesitara apelar siempre, y de manera directa, a la ayuda de su Lobo; bastaba con que se supiera su estrecha relación con el Führer para que los burócratas nazis, tan dados a levantar toda clase de escándalos, se mantuvieran al margen.

Hasta ese extremo fue Bayreuth a partir de 1933 un “festival de Hitler”, y no tanto un “festival nazi”. No quiere esto decir que fuera en tal o cual sentido moralmente “mejor”, como habría querido dar a entender algún apologista de posguerra excesivamente celoso. Tampoco significa que el Führer siempre se saliera con la suya cuando se trataba de elegir intérpretes y escenografías. Sin duda tuvo un papel decisivo en la contratación de Roller para *Parsifal* y en el regreso de Furtwängler a Bay-

reuth en 1936, además de haber tramado un plan, puesto en práctica sólo parcialmente antes de que empezase la guerra, para la creación de un nuevo complejo gigantesco donde desarrollar el festival, dentro del cual estaría el teatro entonces y hoy en día existente. Sin embargo, fue Winifred quien en gran parte logró hacer frente a los deseos del dictador defendiendo con eficacia los que ella tenía, sobre todo el de que el dúo compuesto por Heinz Tietjen y Emil Preetorius pudiese operar a su antojo. Aunque sus razones en este terreno tampoco es que fueran puramente profesionales. Como muy tarde en 1933, Winifred ya había empezado a tener una fuerte dependencia emocional de su “Heinz”, muy superior a la que tenía del todavía deseable, pero a todas luces inalcanzable “Lobo”. Para los niños, entonces apenas adolescentes, Hitler siguió siendo una especie de tío casi siempre benévolo, mientras que Tietjen había ocupado el lugar del padre suplente. Éste fue un papel que pudo causar y en efecto causó un resentimiento incalculable [...]

¿Qué sacaron en claro los jóvenes Wagner de todo esto? Cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, Wieland tenía veintidós años, Friedelind veintiuno, Wolfgang veinte recién cumplidos y Verena diecinueve: todos ellos tenían en principio edad suficiente para haberse formado su propio juicio. Durante los años en que Hitler fue ascendiendo hacia el poder, habían sido en efecto demasiado jóvenes para tener plena conciencia política, además de que el ambiente de Bayreuth, tanto en la casa como en el colegio, nunca fomentó un interés crítico por la política. Dejando a un lado a su padre, habían estado casi en todo momento rodeados por simpatizantes nazis como Winifred y “las tías”, por no hablar del “Tío Lobo” y su singular séquito en sus intempestivas visitas. Tras la muerte de Siegfried, Wahnfried pasó a ser un coto aún más declarada y firmemente pronazi con la llegada de Lieselotte Schmidt, una joven entrometida que fue contratada para que cuidase a los niños e hiciese labores de secretaria, y que pese a lo provisional de su contrato se quedó durante bastantes años. Sus cartas, y las entradas de su diario, contienen abundantes muestras de admiración por el Lobo (aunque su ídolo particular fuera Hans Frank, abo-

gado de Hitler y visitante asiduo de Wahnfried, con el que tuvo en vano la esperanza de casarse), además de rezumar un antisemitismo rayano en la histeria. En 1933, por ejemplo, la encontramos afirmando que los judíos habían inspirado “una auténtica caza de brujas” contra Bayreuth por medio de una campaña de mentiras y jugarretas sucias, si bien el nuevo Führer, felizmente instalado en el poder, había repelido “las fuerzas tenebrosas” en el último instante.⁹ Los niños tendieron a llevarse mal con Lieselotte, no (con la excepción posterior de Friedelind) por su antisemitismo, sino porque jugó abiertamente a ser “la señora de la casa” cuando Winifred estaba ausente. Por otra parte, es cierto que los ayudaba a hacer los deberes escolares y los ensalzaba por cada pequeña muestra de talento que pudieran dar. Y así llegó a ser miembro semipermanente de la casa familiar.

Aunque el poder conquistado por Hitler fuera una gran ayuda para el propio festival, durante una temporada supuso un dilema protocolario para los Wagner. ¿Cómo se pueden plantear las peliagudas cuestiones de estado (de los nazis), las conspiraciones, los saqueos, los asesinatos, ante un Führer al que durante años se ha conocido y al que se ha tratado como amigo íntimo de la familia? Especialmente sensible ante este problema tras la purga de Röhm y sus afectos en el verano de 1934, Winifred dijo a los niños que obrasen con sumo tacto cuando llegase el Lobo pocas semanas más tarde para asistir al festival. No tendría por qué haberse preocupado. El propio Hitler abordó el asunto nada más llegar, afirmando que sólo se había ejecutado a setenta y siete personas, aunque fue inevitable que algunas más perdieran la vida por error. Según Friedelind, su madre se mostró comprensiva ante tal acción, señalando que “el pobre Führer” tenía que haberse llevado una terrible sorpresa al “verse traicionado de pronto por su mejor amigo”. ¿Y los niños? No hay motivos para pensar que reaccionaran de forma muy distinta, ni siquiera Friedelind en aquel entonces. Aunque más adelante relatara en su libro el incidente con un aire más bien general de repulsa por Hitler, en 1934 Mausi aún era una inocente, en múltiples sentidos. Cuando se le dijo en susurros que cuando fue detenido Röhm se encontraba en la cama con un hombre, respondió así: “Ya, pero imagina qué vergüenza habría sido que lo encontrasen con una mujer”.¹⁰

Cuatro años después Winifred parece que sintió auténtico horror ante la “Noche de los Cristales Rotos”, probablemente porque le habían puesto

tan desagradable evidencia ante sus propios ojos. En Bayreuth, los matones nazis maltrataron a los judíos, saquearon sus casas y destruyeron los cuatro comercios judíos que aún quedaban en la localidad (de los más de treinta que había cuando Hitler llegó al poder) y que no habían sido “expropiados” por los “arios”. Es posible que Winifred hiciera algo por impedir la quema de la sinagoga, que fue en cualquier caso destruida. Los detalles no están nada claros. Sin embargo, es innegable que la sinagoga es un edificio contiguo al soberbio teatro de la ópera que construyó la Margravina, y que al Maestro le encantaba, aunque lo consideró demasiado pequeño para las necesidades del festival; es altamente probable que, de haberse quemado, ese otro edificio hubiera resultado también muy dañado. Ésa habría sido una pérdida terrible para la localidad, y sobre todo desde el punto de vista de una Wagner.¹¹ De todos modos, según indica un informe del alcalde, a Winifred le espeluznó tanta violencia, y resolvió quejarse a Hitler cuando éste visitara Bayreuth. Parece que cumplió su palabra, lo cual no significa que le culpase a él en persona. Más bien todo lo contrario: hasta el final de sus días Winifred consideró al Lobo responsable de todo cuanto a su entender era bueno en el Tercer Reich, achacando a sus subalternos, traicioneros e incompetentes, todo lo malo. Naturalmente, Hitler en persona alentaba esta manera de pensar. Según Wolfgang, cuando Wieland y él manifestaron su “indignación” por la “No che de los Cristales Rotos”, el Führer replicó que todo aquello había sido una iniciativa independiente que auspició Goebbels en persona. Él, Hitler, no había sabido nada con antelación, en una declaración que todas las pruebas disponibles, incluidos los diarios de Goebbels, de ninguna manera respaldan, como por otra parte no es de extrañar.¹²

A pesar de su “indignación”, los hermanos obviamente no llegaron a la conclusión de que vivían bajo un régimen que era perverso en todas sus dimensiones. En la “No che de los Cristales Rotos”, Wieland ya vivía en Múnich, en la llamada *Hauptstadt der Bewegung* (Capital del Movimiento [Nazi]), en donde los saqueos fueron infinitamente más graves que en Bayreuth, y se quemaron en efecto las sinagogas. Gertrud, su novia, señaló que los dos habían caminado por la calle sorteando los cristales rotos, sin respaldar la acción ni intentar impedirla. “Nos limitamos a mirar –escribió–. A Wieland le sentó mal.”¹³ La pareja reaccionó por lo visto con la misma pasividad el año anterior, en Múnich, al visitar la célebre expo-

sición del “arte degenerado”, unos 650 cuadros, dibujos y esculturas de los maestros vanguardistas, como Nolde, Kirchner, Schmidt-Rottluff y Klee, cuyas obras prohibieron los nazis. Si en su condición de artista incipiente Wieland sintió alguna empatía con aquellas obras, a pesar de la censura oficial (o precisamente por ello), lo cierto es que apenas hay indicios que lo confirmen. Durante años conservó un estilo marcadamente tradicional, el que cultivó al menos hasta el último de sus cuadros documentados en la época de Múnich, un retrato inacabado de su principal mecenas, el Führer. Cuando los hermanos le preguntaron por el “arte degenerado”, Hitler volvió a contestar con evasivas. Aquellas obras ofensivas, recalcó, no se habían destruido. Algunas se vendieron en el extranjero, para comprar obras de los Maestros Antiguos y colocarlas en los museos de Alemania gracias a los dividendos obtenidos.¹⁴

Wolfgang, ciertamente, se presenta en sus memorias como si hubiera sido cualquier cosa menos admirador del nazismo. Afirma que, al contrario que Wieland, nunca fue miembro del partido, que dejó a las Juventudes Hitlerianas y a sus “estafadores” en la estacada al cabo de sólo tres meses, y que en repetidas ocasiones dijo claramente lo que pensaba a los papanatas de la plana mayor del nazismo. Al contrario que su hermano y sus hermanas, dice Wolfgang, se “abstuvo” de cultivar relaciones oficiales que por derecho propio le habrían pertenecido, y hace hincapié en que nunca aceptó la hospitalidad de Hitler en la capital.¹⁵ Esa afirmación a propósito de Berlín parece un tanto extraña si se tiene en cuenta que tanto él como todos sus hermanos visitaron al Führer en la ciudad, con anterioridad y, descontando a Friedelind, también durante la guerra, como queda fehacientemente documentado. Por si fuera poco, todos ellos, y no sólo Wolfgang, salieron bien librados de su insubordinación frente a los nazis de todo rango y condición precisamente porque eran los Wagner y gozaban, como bien sabía todo el mundo, de los parabienes de Hitler. Con todo, cuando Wolfgang manifiesta su desagrado por el partido en general y por muchos de sus representantes en particular, no hay motivos de peso para poner en duda sus afirmaciones.

Por otro lado, la actitud de Wieland no fue demasiado distinta. Es un hecho incontestable que pasó a engrosar las filas del partido, pero su ingreso es relativamente tardío, pues data de 1938, es decir, después de que Hitler lo pusiera en un brete al preguntarle si ya era miembro. Wolfgang, que estuvo presente en el comienzo de esa inquietante charla, rápi-

damente se retrajo y procuró pasar inadvertido, para evitar esa misma pregunta.¹⁶ Es evidente que el Führer no le preguntó después, o, si lo hizo, no se tomó la molestia de insistir. Era a Wieland a quien consideraba “el heredero”, el titular del privilegio, desde luego, pero a quien más o menos correspondía no mantenerse fuera del partido indefinidamente. El hermano menor era, en el mejor de los casos, “el elemento prescindible”. Wolfgang claramente sufrió más adelante al ser tratado como el segundón de Bayreuth tanto por su talento como por su edad, pero en la época anterior a la guerra (por no hablar de la desnazificación posterior) su papel, menos expuesto, iba a suponer sin lugar a dudas una gran ventaja. Libre de la carga que comporta toda expectativa, con la que su hermano hubo de bregar, y sin ser arrogante ni especialmente ambicioso, hizo amigos con facilidad en el colegio y siguió cultivando felizmente sus aficiones.

Ni entonces ni después fue Wolfgang muy amigo de las reflexiones críticas. El título de su autobiografía *Lebens-Akte* (que tal vez en este caso se pueda mejor traducir por “El hombre de acción”) ya lo da entender, aunque sea sin duda de modo no intencionado. Sí que tuvo, sin embargo, un buen ojo para lo ridículo. Cuando un castillo de fuegos artificiales disparado en el jardín de Wahnfried resultó defectuoso, y envolvió a un Führer sumamente pálido y a algunos artistas del festival en una espesa humareda, el joven Wolfi rió hasta ponerse colorado. No le pareció menos hilarante tener que rescatar al muy grueso “Hermann el Magnífico” (es decir, Göring) de una silla demasiado estrecha en la que se había quedado encajado.¹⁷ Tales incidentes propiciaban un alivio infrecuente, y por eso mismo bienvenido, a la tensión debida a la presencia de Hitler como invitado en la casa durante varios días seguidos, y no ya como visitante fugaz. La reputación de “animal nocturno” que tenía el Führer era bien merecida. Tras las interpretaciones del festival recibía a sus aduladores e invitados en el anexo de Wahnfried, y allí largaba sus prolongados monólogos hasta altas horas de la madrugada. Cuando la mayor parte de los visitantes se había marchado, e incluso la fatigada Winifred se había ido a descansar, a los niños (o al menos a algunos) se les exigía que siguieran en pie y que entretuvieran al Tío Lobo. No pocas veces amanecía cuando por fin se decidía a retirarse. Hasta que despertaba, a última hora de la mañana, todos tenían que andar de puntillas, los perros se quedaban dentro de la casa y el coche se sacaba del garaje empujándolo silen-

ciosamente. Como señaló Friedelind, entretener a un Führer, a pesar de ser uno tan bien dispuesto con sus anfitriones, nunca fue “un camino de rosas”.¹⁸

Tal vez fuese “la pequeña Verena”, que ya empezaba a destacar como joven y atractiva damisela cuando Hitler llegó al poder, la que menos sufrió el fatigoso programa de los veranos. Con su refinado sentido de la elegancia en el vestir, su delgadez y su rauda sonrisa, Nickel era la predilecta de todos los varones que visitaban Wahnfried, en especial del Lobo y su bullicioso séquito. Cuando recibía en el anexo, ella a menudo se acomodaba a su lado, y con un simple pestañeo era capaz de hacer algún comentario ocasional y un tanto irreverente sin que por ello nadie la reprendiera. No es de extrañar que ya durante la guerra se casara con un oficial nazi de la plana mayor. Su marido tenía edad suficiente para haber sido su padre, pero es que después de Cósima y de Winifred, esa diferencia había pasado a ser poco menos que una tradición de la familia. Por otra parte, su hermana, menos atractiva, pero con más talento, tomó un rumbo que difícilmente pudo haber sido más divergente del suyo.

